



La fundación de la Ciudad de México. 1325.

Su conmemoración

The founding of Mexico City. 1325.

Its commemoration

José Rubén Romero Galván

■ Investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (Ciudad de México, México), profesor en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad, con nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores. Doctor en Etnología en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, ha sido profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Autónoma de Querétaro, en la de Guanajuato y en la de Tamaulipas. Orcid: <https://orcid.org/0009-0009-3992-0932>. C. e.: jgalvan@unam.mx



Fundada en 1325 por un grupo migrante, al cabo de dos siglos, México-Tenochtitlan logró ser la capital de un territorio que ocupaba la vasta zona central de la actual República Mexicana. Tal espacio fue dominado a través de una sucesión de campañas guerreras victoriosas, que se iniciaron con el triunfo de los mexicas, sus habitantes, sobre los tepanecas de Azcapotzalco en 1427. Las conquistas logradas les permitieron disfrutar de tributos, tan ricos como cuantiosos, provenientes de las provincias sojuzgadas. En 1519, año de la llegada de los europeos, la importancia del tenochca era innegable en el ámbito mesoamericano y la riqueza que habían acumulado, proveniente de los tributos que recibía, era evidente.

Después de ocurrida la conquista, Hernán Cortés, consciente del gran poder tenochca, decidió que la capital de los territorios que conquistaba y que, poco después, por iniciativa suya, serían llamados Nueva España, permaneciera en el sitio de la urbe vencida, la que conservaría sólo uno de sus nombres: México. Así dio comienzo otra etapa de la historia de la ciudad. Durante los tres siglos de vida novohispana, ese centro, al ser la capital del virreinato, conservó y acrecentó la importancia que había tenido por propia desde los tiempos prehispánicos. Después de consumada la independencia, nadie dudó respecto de que la Ciudad de México fuera la capital de la nación que recién surgía. Sobre la importancia de la antigua capital tenochca y el renombre de la virreinal se fincó el carácter de la ciudad que albergaría los poderes de la naciente república. Fue así como la Ciudad de México continuó siendo el centro político de un importante territorio, con todas las ventajas que ello representaba.

El origen de la capital tenochca está rodeado de elementos míticos, profundamente simbólicos. Del corazón de Cópil, un guerrero vencido por los mexicas migrantes, enterrado entre los tules en el centro del lago en el hoy llamado Valle de México, nació



un *tenochtli*, el nopal que da tunas (*nochtli*) duras como la piedra (*tetl*). Ya tiempo antes de que los migrantes encontrasen ese nopal, Cuauhtlequetzqui, uno de los guías del grupo, pidió a Tenoch, el otro caudillo, fuera a ver qué ocurría con el corazón de Cópil, porque de él habría de nacer un *tenochtli* sobre el que se posaría y un águila devorando una serpiente. Cuauhtlequetzqui le dijo que eso sería el signo inequívoco de que ... *en tanto que exista el mundo. Nunca se perderá la fama y la honra de México Tenochtitlan*¹.

Tiempo después, cuando el portento anunciado estaba por manifestarse, los migrantes encontraron entre los tulares un venero que manaba agua cristalina. Cuando al día siguiente regresaron, el líquido que surgía de aquella fuente tenía dos colores: amarillo y azul. Con dichos colores se representaba a las fuerzas cósmicas, que en continuo movimiento describían un recorrido helicoidal en torno a un tronco que comunicaba el cenit con el nadir, uniendo los dos planos del universo —el arriba y el abajo—, influyendo a los seres humanos. El poste por el que tales fuerzas cósmicas ascendían y descendían era el eje del mundo. Cuando finalmente enencontraron el signo ya descrito en la conversación que habían sostenido Cuauhtlequetzqui y Tenoch cuando aún andaban migrando, dicen las fuentes que los mexicas lloraron de emoción.

El águila sobre un nopal, devorando una serpiente, era el portento que señalaba el sitio donde debían fundar su ciudad y anunciaba el inminente cumplimiento de la promesa que les había hecho la divinidad al salir de Aztlan y que consistía en alcanzar, mediante la guerra, una situación de dominio sobre los pueblos asentados alrededor; la promesa según la cual nunca se perdería *la fama y la honra de México Tenochtitlan*.

El signo hallado por los mexicas ofrece una interesante conjunción de elementos. El águila que devora a la serpiente es un ser vinculado con la parte superior del universo, con el aire, con el calor, con lo seco y lo masculino. La serpiente que es devorada está relacionada con el abajo, con la tierra, lo frío, lo húmedo y con lo femenino. Ambos elementos entran en relación través del acto de comer, por el que uno penetra en el cuerpo del otro, significando una unión profunda. El arriba y el abajo en comunión perfecta, ello reafirmaba lo que el agua de dos colores que manaba del venero ya había significado: estaban frente al *axis mundi*.

Estas narraciones, ciertamente vinculadas con el devenir histórico mexica, son ricas en símbolos y solo pueden ser consideradas en el ámbito de los mitos. Desconocemos lo que en verdad ocurrió en torno al asentamiento de este grupo en los islotes en el centro del lago. Es imposible apreciar tal acontecimiento y sus detalles según lo requiere la disciplina histórica. Sólo atinamos a afirmar que, según la mayoría de las fuentes originales, tales portentos ocurrieron durante 1325, ahora hace setecientos años.

Estas narraciones sirvieron a los mexicas como sustento ideológico para justificar las continuas guerras de conquista, casi todas ellas victoriosas, excepción señalada de la que emprendieron contra los purépechas de Michoacán, región a la que nunca pudieron dominar. Tales campañas les permitieron imponer tributos onerosos a los pueblos conquistados. Los bienes que llegaban a la capital tenochca eran tan numerosos como valiosos y la riqueza que la ciudad acumuló fue innegable.

En un hecho que no existe posibilidad alguna para considerar que los elementos simbólicos que, según hemos visto, rodearon a la fundación de la ciudad se hayan dado en el plano material de la realidad. La profunda significación que tuvieron para los mexicas no ofrece en la actualidad la vigencia que le fue propia durante el tiempo

¹ CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Domingo Francisco. *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, edición y traducción de Víctor Castillo, México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, LXVIII+158.



de gloria de la ciudad tenochca. La vida agitada de nuestra urbe poco permite a sus habitantes detenerse a considerar los orígenes míticos de su ciudad y su compleja significación. Sin embargo, guardar memoria de ello puede incidir en una conciencia de pertenencia, en el sentimiento de una identidad ciudadina. Ello no debe quedar en manos de las autoridades, que a todas luces encontrarían en su rememoración el motivo de celebraciones cuyo sentido vendría a ser apuntalar su poder. La conservación del relato de la migración de los mexicas de la fundación de su ciudad, y en alguna medida la de su significado original, debe quedar en manos de los educadores, quienes podrían estar en circunstancias de transmitir y explicar, adecuadamente y en su justo valor, el relato a las nuevas generaciones.

La historia de nuestro país se ha caracterizado por un marcado centralismo, fenómeno que ha incidido en las pretensiones de crear una identidad que cohesione a las variadas regiones que lo componen. Ello ha obrado en detrimento de las identidades regionales surgidas de largos procesos, ricos en elementos culturales propios. Es así como el pasado mexica ha sido ponderado, desde el centro, en tanto un elemento de identidad nacional. Ello es a todas luces una construcción cuyas bases distan de tener la solidez necesaria para ser considerada un rasgo identitario nacional. Cabría preguntarse qué relación puede tener el pasado purépecha de las regiones más importantes de Michoacán con la fundación de México-Tenochtitlan; o hasta dónde puede identificarse un habitante de la península de Yucatán con tal acontecimiento; otro tanto puede decirse de aquel que habita en la Huasteca. Es un hecho que los descendientes de los distintos grupos que en tiempos prehispánicos se distribuyeron en el espacio que hoy es México son poseedores de rasgos culturales que sustentan las identidades regionales cuya vitalidad es en verdad sólida y merecedora de ser conservada.

Es muy de tener en cuenta que la historia de los mexicas ha sido impuesta como elemento de identidad nacional, en detrimento de las realidades históricas y culturales —por lo tanto identitarias— que convivieron durante milenios en el ámbito que hoy es México. Tales realidades son el antecedente histórico de la pluralidad de identidades regionales que se acomodan en el territorio de nuestra patria.

Considero que los rasgos identitarios de la nación mexicana se encuentran más en el pasado novohispano y en los procesos históricos decimonónicos que en lejano, y, por qué no decirlo, extraño pasado prehispánico, cuya realidad cultural, si lo miramos sin apasionamientos, nos resulta muy alejada de nuestra realidad cultural.

Debemos reflexionar sobre el hecho de que conmemorar la fundación de México Tenochtitlan compete, ante todo, a quienes vivimos en esta urbe, cuya *fama y honra*, que, a pesar de todo, han permanecido como ha permanecido el mundo en el que vivimos.